

***En el Corazón de Cristo siempre***

**CENTENARIO DEL NACIMIENTO**

*Luis María Mendizábal Ostolaza, S. J.*

1925 – 2025

**ENERO**

*El corazón ilimitadamente bueno*

*Las Bienaventuranzas*



# ÍNDICE

1.- Adelante	4
2.- Vivir de veras con Cristo Vivo	6
3.- Transparencia de un corazón: “Bondad siempre con todos”	9
4.- Textos escogidos	17
4.1.- El corazón nuevo del Nuevo Testamento	
4.2.- Las Bienaventuranzas	
5.- Santo del Mes: San Pablo	40
Oración para la devoción privada	44

## 1.- ADELANTE

---

**181.** No quejarse nunca de nada, ni de nadie, ni de mí mismo, no por dentro ni por fuera.

**536.** A mí me toca ser bueno  
*(repetírselo uno a sí mismo).*

**545.** Ser irradiación de esa bondad llena de comprensión, de acogida, de paciencia. Ser pronto para aceptar los cambios de planes y proyectos. Irradiar la bondad del Corazón del Señor.

**807.** La humildad es la autopista hacia la santidad. Es el camino más corto y más rápido. Harías bien en cogerlo.

**896.** No hablar mal de nadie. No te fijas en nada negativo. El tentador intenta que bajemos la mirada, y digamos palabras no conformes al Corazón de Jesús.

## 2.- VIVIR DE VERAS CON CRISTO VIVO

---

**5. 36:** ¡Jesucristo es muy bueno, es muy bueno! Y cuando lo veáis en el evangelio, os conmoverá lo bueno que es Jesús, lo amable que es, no solo las palabras que dice. Creo que en eso podemos tener un peligro de decir simplemente: las palabras, la enseñanza, Jesús enseñó esto. ¡Y es admirable la enseñanza de Jesús! Y es la verdad, es cierto, pero lo que impresiona es cómo es Jesús. No sé si os habéis fijado, pero no acabaríamos de mostrar esos detalles de delicadeza de Jesús.

Por ejemplo, cuando llega con su grupo de discípulos y mucha gente que le acompaña, a Naín, sale de la ciudad un cortejo fúnebre con una madre viuda que ha perdido a su hijo único. Y se encuentran los dos cortejos: el de Jesús que viene con los discípulos y el del que le llevan a enterrar con la madre viuda. Y en ese momento dice el evangelista —y ahí es donde hay que ver esos detalles de Jesús— que «Jesús se fijó en la madre». Directamente, en medio de aquella masa, Él va a su madre. Y se va a ella derecho y le dice: «Mujer, no llores». Como diciéndole: ‘que me duele que llores, que me llega al alma, no llores, por favor, no llores, no quiero que llores’. Y entonces va derecho de nuevo al joven a quien llevaban a enterrar, lo

resucita, lo vuelve a la vida, le dice: «Joven, contigo hablo». Le dice así, porque Jesús habla con cada uno. Es impresionante cómo es el diálogo personal con cada uno. «Contigo hablo: levántate». Se levanta y se lo lleva Él a su madre: —‘Aquí lo tienes!’ Ese es Jesús, es muy bueno, muy bueno.

*(XX Jornada Diocesana A.O. 2002)*

Tener un corazón nuevo es **tener luz en el corazón**. Cuando Él dice: «Vosotros sois la luz del mundo», el que es verdaderamente la luz del mundo es Cristo, y lo dice Él mismo: «Yo soy la luz del mundo». Por lo tanto, nosotros no somos luz por nosotros mismos, somos en la medida en que somos Cristo, en esa medida somos luz del mundo. Lo que pasa es que esa presencia de Cristo en nosotros se hace visible porque, como esa luz impregna las obras que hacemos, y todas las obras hechas por un corazón que es luz son luminosas, irradian luminosidad, entonces lógicamente el mundo recibe esa luz de Cristo a través de esa mediación nuestra. Eso es lo que les dice Jesús a los apóstoles. Entonces, **lo que hace que seáis luz es el corazón bueno**, el que ha beatificado en las Bienaventuranzas: El corazón pobre, sencillo, misericordioso, bondadoso, es el hombre **que vive en la luz**. Cuando uno está impregnado de esas actitudes, entonces es luz, su vida se hace luminosa,

es irradiador de luz. Luz en el sentido de una lámpara como es el sol que ilumina. No es luz solo para sí en sí misma, es para irradiar, es para iluminar. Y en ese cristiano se ve el misterio de Cristo, se ve el misterio de la bondad de Cristo.

*(Ejercicios Fraternidad 1988, Hom 6ª)*



### **3.- TRANSPARENCIA DE UN CORAZÓN: BONDAD SIEMPRE CON TODOS**

---

Con los dedos de la mano —gesto usado por él—, se sintetiza una de las santas obsesiones del padre Mendizábal: «Ser-bueno-siempre-con-todos».

El termómetro de su unión con el Señor ha sido una vida llena de bondad y caridad que ha irradiado a través de su comportamiento; comportamiento ejemplar de hombre justo, de hombre bueno...

(...)

Nunca le oímos hablar mal de nadie, ni con menor estima o aprecio... Nunca quedarse en el punto negativo de las cosas... Levantando la mirada al Señor, encontraba, en toda circunstancia o situación, la providencia del amor de Jesucristo.

Su mirada era cercana, rebosante de cordialidad y cariño..., como Dios mira, deseando siempre salvar.

(...)

Por su amor a la Iglesia y a los sacerdotes, no permitía que nadie comentara nada desfavorable de ellos. «No toquéis a mis ungidos» (Ez 9,6), decía, y excusaba todo lo que podía la situación o el hecho.

Nos contaba lo que le pasó al Hermano Alcívar, S.J.: este Hermano nunca hablaba mal de

nadie, nunca. «El que no habla mal de nadie es querido por todos», añadía. El Hermano Alcibar pasó una enorme desolación, a los dos años de haber hecho los votos temporales: ¡Pensaba que no tenía vocación! Pensaba que Dios no le había llamado, y estaba sufriendo terriblemente. Entonces tuvo un sueño en el que vio un túnel negro, oscuro, muy largo; al final había una luz, y vio a la Virgen, y le dijo la Virgen: «Serás feliz si no hablas nunca mal de los compañeros de Este». «Este» era Jesús, «los compañeros», los jesuitas. Y se despertó el Hermano Alcibar cambiado. Y no habló nunca mal de nadie, porque la Virgen le había dicho que era el camino de la felicidad.

(...)

Hemos podido verle en su última enfermedad: sin querer ser una carga para nadie, sin pretender que con él se hiciera excepción alguna. Ingresado en el hospital, sin dejar de acoger y sonreír a todo el que llegaba... Sin defensas..., pura entrega y oblación.

Cuando el día 18 de enero del año 2018 «todo estaba ya cumplido» (Jn 19,30), en el silencio de la noche Jesús le llamó, y en aquel abrazo, tal era la plenitud, configuración e identificación, que no fueron ya dos corazones sino uno y el mismo...

Corazón pobre que invocó a Dios como único refugio y apoyo. Corazón manso y sufrido. Corazón que lloró solidarizándose con la humanidad y

experimentó el consuelo del Señor. Corazón que tuvo hambre y sed de santidad, de amor a Jesucristo, de salvación de las almas. Corazón misericordioso que supo perdonar y comprender. Corazón limpio, transparente, puro, nítido; abierto totalmente a Dios. Corazón pacífico que siempre supo ceder, serenar, tranquilizar, con su sonrisa y la placidez de su trato y de su rostro; infundir paz... Sí, ¡así era él!

Bienaventurado el que tiene un corazón ilimitadamente bueno.

(...)

En Villalonga estaba también su monaguillo de excepción, Antoni Escolano Escribá. Siempre habla emocionado del padre, consciente del amor recibido del Corazón de Cristo a través de su persona:

«Me marcó la vida (...). Era mi padre, mi madre, mi hermano mayor, mi tutor, mi todo. Así lo vivía y él también me tenía gran cariño. Me sentía muy querido por él, como un hijo. Me transmitía un amor grande que me llevaba a Dios (...). Siempre se sonreía... Ante mis fracasos respondía con sonrisa, con mirada y palabras de misericordia. La visión de Dios y el amor de Dios me lo transmitió el P. Mendizábal; sentía el amor de Dios a través de él. El P. Mendizábal era un santo... Tenía algo diferente a los demás, algo que se percibía y que no decía, un amor de persona y de Dios».

(...)

Es verdad que esta forma de actuar no se improvisa. Supone un trabajo ascético de colaboración a la gracia, que el padre comenzó pronto. Ya en el seno familiar, sus padres se habían esforzado por educar a sus hijos en virtudes sólidas. Le hemos oído contar con emoción y agradecimiento esta anécdota:

«He podido recordar de mi historia personal, yo soy miembro de una familia de diez hermanos, siete hemos sido religiosos, por un don grande del Señor, con la colaboración de unos padres santos. Santos, porque ahí no puede uno menos de indicarlo así. Recuerdo con emoción y viendo la categoría de mis padres, la carta que recibí de mi padre cuando comenzaba los estudios de Filosofía. Y al decirle yo en una carta anterior que había hecho los Ejercicios, que creía que los había hecho muy bien, que creía que habían sido los mejores Ejercicios de mi vida hasta entonces –yo entonces tenía veinte años–, mi padre me contestó: “No puedes imaginar la alegría que nos has dado con tu carta diciendo que has hecho muy bien los Ejercicios, porque es la mejor preparación para los estudios de Filosofía que vas a emprender, que no son los estudios más aptos para crecer en humildad, sin la cual no podrás llegar a la santidad, a la cual tenemos que tender con mucha, poca o ninguna ciencia”».

Bien sabía D. Benito, su padre, que la ciencia muchas veces hincha e impide la santidad de

aquellos que empezaron con tanto entusiasmo a procurarla. Pero su hijo, a pesar de la preparación intelectual que tuvo, como buen jesuita, no se envaneció por ello. Su sabiduría y erudición no le hicieron pedante. Había leído y estudiado abundantemente, era capaz de conversar de cualquier tema con muy diferentes personas. Había viajado por todo el mundo. Conocía a personas de relevancia en la vida de la Iglesia y de la sociedad. Seguro que tendría mil anécdotas personales, pero no se detenía en ello. Todo esto quedaba resguardado a la sombra de un silencio absoluto. La figura silenciosa y escondida de san José encajaba muy bien con el padre, quizá por eso le quería tanto. Amaba la modestia social, el ser como los demás, el no buscar atenciones especiales ni preferencias. Ese era su tono en todo. Nunca nos lo imaginaríamos colándose en una fila, sino como uno más, esperando su turno. Así era él.

Por más que se le intentase *sonsacar* en las conversaciones datos personales, una amplia sonrisa zanjaba aquellas preguntas indiscretas, y rápido desviaba la conversación. Con la sencillez que le caracterizaba, lo sabía hacer con gracia y elegancia.

«Su silencio sobre sí mismo me parecía heroico, cuenta una dirigida suya. Nunca hablaba de su salud, ni de sus cosas, ni de sus gustos, ni de

sí mismo, ni de su familia, ni de nada relacionado con su persona».

(...)

Era habitual ver en la puerta de la iglesia de los jesuitas en Toledo al *mendigo Félix*. El padre le trataba con mucho cariño. Hablaba con él e intentó ayudarle a salir de su situación, aunque Félix decía que estaba bien así. Le había regalado alguna prenda de vestir, como una bufanda que él mostraba con satisfacción. Un amigo del padre presenció esta escena: «Estando yo con Félix hablando, vimos que el P. Mendizábal se dirigía a la iglesia. Entonces Félix se levantó y fue a besarle las manos. El padre le dijo: “No, Félix, eso no”. Y cogiendo las manos del mendigo las besó una y otra vez con inmenso cariño. ¡Y pensar, me dije yo, que hace unos días estaba predicando Ejercicios Espirituales a los obispos...!».

(...)

En su interés por cada persona, como el Buen Pastor, no olvidaba a los que por su dureza o situaciones difíciles estaban alejados del Señor. Preguntaba por ellos, pedía y se interesaba.

En un pueblo de Galicia vivía un señor que se manifestaba comunista y ateo «de verdad». Ya le habían hablado al padre de él; también Lito había dicho alguna vez que si el padre le visitaba, lo recibiría. Llegó la ocasión. Lito le recibe bien y le dice: «Es usted el primer cura que dejo entrar en mi casa», y le cuenta un montón de cosas: de la cárcel,

de la guerra, de curas, de viajes, de libros... Lito no se cansa y el padre escucha con interés. Al concluir la visita, hace un esfuerzo y se levanta, quiere despedir al padre, le cuesta que se vaya. Ya en la puerta, el padre le da un abrazo que le hace emocionarse. Y ya hasta el final de su vida siguió preguntando por el padre. Sin duda que esto le ayudaría para el momento de su encuentro con el Señor.

**En este mes de enero, recordamos sus últimos momentos:**

---

**«Nadie me quita la vida, yo la doy»**

Llegó el momento de dar su vida. La dio como había vivido: en el silencio de su cuarto de enfermería, sin ruido, sin que ninguno de los suyos estuviera presente... ¡Se marchó como *de puntillas!*

Eran las once y media del jueves 18 de enero. ¡Qué coincidencia de esta hora con la hora de la tradicional Hora Santa...! ¡Cuántas veces él había invitado a acompañar a Jesús en su soledad del huerto!: «¡Velad conmigo...!», les había dicho Jesús. Pero le dejaron solo... Al padre le gustaba que en esa hora acompañáramos a Jesús. En el jueves del día 18, será Jesús quien le acompañará a él en este trance final, en *su hora*, en la cumbre de su ofrecimiento.

Había escrito una vez: «Bienaventurado el que siguiendo a Cristo es sufrido; el que tiene ese amor grande, suficiente, y entonces, padeciendo con paciencia, con amor, ese, es bienaventurado...».

¡Cómo no imaginar que ahora Jesús, alargando su mano y apretando la suya, le diría: «¡Bienaventurado tú por haber sufrido por mi causa! ¡Ven a gozar conmigo de lo que te hice heredero en la tierra: los tesoros de mi Corazón!».

Esa noche el cuerpo yacente del padre permanece a solas con Jesús... A la mañana siguiente se corre rápido la voz: ¡el padre ha muerto! ¡Ha muerto al estilo de Jesús, al estilo de Ignacio y de Javier!...

Ahora, su silencio final se convertirá en clamor de santidad en los corazones de tantos hijos que empezarán a desfilar ante él, agradeciéndole tantos beneficios y suplicándole ya nuevos favores.

Hay dolor y confianza. Dolor de la separación, confianza porque creemos que seguirá a nuestro lado, ¡ayudándonos! Él nos lo había dicho muchas veces, repitiendo las palabras de su buen amigo, el P. Julio Fragata, s.j.:

«El Señor nos lleva al cielo cuando sabe que haremos más bien en el cielo que en la tierra».



## 4.- TEXTOS ESCOGIDOS

---

### 4.1.- EL CORAZÓN NUEVO DEL NUEVO TESTAMENTO

*Cursillo «El Misterio del Corazón de Cristo»  
5ª meditación (fragmento)*

**El Espíritu Santo forma en nosotros el Corazón de Cristo**, el corazón nuevo del Nuevo Testamento. El agua que brota del Costado abierto de Cristo simboliza la comunicación del Espíritu Santo. Y gracias a esa comunicación de amor de Jesucristo a nosotros, **ha puesto en nosotros un corazón nuevo, capaz de amar a Dios y de amar a los hermanos como Dios nos ama.**

Jesús, en la Última Cena proclama el Mandamiento nuevo: «Un Mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros como Yo os he amado». Esa orden de amar a los hermanos como Él nos ha amado, nos la da el Señor después que primero nos ha dado la posibilidad de cumplirla, después de que nos ha ofrecido su amor, cuando su amor está ya en nosotros.

**Contemplando el Corazón de Cristo**, al calor de la luz del Espíritu Santo, con su gracia, con su asistencia, **nuestro propio interior se va**

## **moldeando y haciendo como el Corazón de Cristo.**

Así pues, el Corazón de Cristo nos da el Espíritu Santo y el Espíritu Santo forma en nosotros el Corazón de Cristo. Y lo forma, no a golpes de cincel, con aspereza, con violencia, sino recalentando primero nuestro corazón y moldeándolo luego según el de Cristo.

Más diríamos, ¡que **el mismo Corazón de Cristo es el que vibra en nosotros!** Su obra es, pues, infundir en nosotros sus mismos sentimientos, participados de Cristo.

Desde aquí se va a realizar nuestra respuesta, teniendo por modelo la entrega de Cristo al Padre. Él es modelo y actor de mi entrega y reparación. No es solo modelo, sino que mi entrega y expiación va a ser, en cierto modo, su complementación o prolongación. Como dirá San Pablo: «Cumpro en mí lo que falta a la Pasión de Cristo por su Cuerpo que es la Iglesia».

Es un misterio sumamente profundo, que podemos barruntar un poco. Aquí está la gran valía del Misterio del Corazón de Cristo, que nos lleva a lo más profundo del misterio cristiano, a la realidad más honda de la vida interior, participando del Corazón de Cristo.

Ahora bien, el Corazón de Cristo en nosotros, el corazón nuevo de la nueva ley, quiere decir la ley interna de la caridad, la presencia de la gracia en

nosotros, que al madurar, nos hace sentir lo que Él mismo siente, como Cristo, nos hace interiormente **ilimitadamente buenos**. Tiende a eso, de su parte lo pone. Existe en nosotros una carnalidad que se le opone, pero Él establece en nosotros el corazón ilimitadamente bueno.

Decía Jesús: «¿Por qué me llamas bueno? Dios solo es bueno». Y es verdad, el hombre es bueno parcialmente. No puede ser por sí mismo ilimitadamente bueno, no puede **ser bueno siempre y con todos**. Cuando uno es bueno siempre y con todos, eso indica ya una participación de Dios. Solemos ser buenos con los que piensan como nosotros. Esto lo hace cualquiera, esto no nos manifiesta nada divino; pero ser bueno incluso con los enemigos, mirarlos con corazón bueno, eso lo hace solo la presencia del Señor: «En esto conocerán que sois mis discípulos». En esto, no en que vosotros, siendo parecidos, os queráis como amigos, sino en que tenéis ese amor universal, ¡ilimitado!, incluso a los adversarios, a quienes miráis con amor, con bondad ilimitada.

San Juan Crisóstomo ponía en guardia a los fieles sobre lo que él llamaba 'el lado oscuro del amor diabólico'. Se refería, no precisamente a no amar, sino a esa actitud por la cual, a veces se cree uno obligado a odiar a los enemigos de sus propios amigos. Ese es el lado oscuro del amor diabólico. ¡Ese amor no es divino!, es amor diabólico, que hace que yo me crea obligado a odiar.

Un Pastor ortodoxo de Checoslovaquia, en ocasión de la invasión de aquella zona por los nazis, al despedir a la Comisión Francesa que había venido a visitarles, les dirigió estas palabras conmovedoras: «Sobre todo, digan ustedes a nuestros hermanos de Occidente que no odien a nuestros invasores por amor a nosotros». Palabras heroicas, divinas. Eso es del Espíritu de Dios, «que no odien a nuestros invasores por amor a nosotros». Y daba la razón: «porque el que odia acrecienta el reino del demonio».

En último término, la lucha del corazón humano es entre amor y odio. El que odia, sea lo que sea, está favoreciendo al demonio. El demonio tiene interés en que odiamos, ¡aunque sea por motivos religiosos!, porque ese corazón, al hacerle odiar, lo ha sustraído al Reino de Dios.

Ahí está, pues, la bondad del corazón ilimitadamente bueno. Contemplando ese amor, contemplando que Cristo nos quiere y es sensible a la respuesta del hombre, contemplando «al que atravesaron», recibe la plenitud del Espíritu.

Puede entenderse en este sentido la profecía de Zacarías, que ve san Juan realizada al abrirse el Costado de Cristo. Dice el profeta Zacarías: «En aquellos días derramaré espíritu de gracia y de oración, y mirarán al que atravesaron, y me llorarán como se llora al Hijo Unigénito». El derramar el Espíritu está condicionado por la mirada al que atravesaron. **El don del Espíritu es fruto de contemplar al que atravesaron.** Al mirar a Cristo

atravesado por mí, me dispongo, me preparo para la inundación de su Espíritu que transforma el corazón. «Derramaré sobre ellos espíritu de gracia y de oración». Ese Espíritu de gracia y de oración es el que hace al corazón ilimitadamente bueno. Y es la condición fundamental para poder explicar la consagración y la reparación al amor de Jesucristo.

Ese corazón renovado, ilimitadamente bueno, tiene en sí las virtudes y disposiciones del de Cristo. Ahí podemos hablar entonces de las diversas virtudes: del amor al Padre, del amor a los hombres, de la justicia, de la imitación perfecta de Cristo, pero no una imitación puramente exterior, sino desde el corazón. Y lo mismo, todas esas virtudes en cuanto arrancan de un corazón lleno de amor.

Este mundo de hoy, lo que más pide y lo que más echa de menos es corazón bueno. San Pablo dice que «para el justo no hay ley», para el que tiene un corazón así bueno, no hay ley. No porque quien tiene el corazón bueno se pueda permitir hacer las cosas ya antes prohibidas por la ley, sino que lo que manda la ley le resulta espontáneo para el que tiene el corazón ya bueno. Un hijo amante de sus padres, si le decimos que hay un cuarto mandamiento que manda honrar padre y madre, nos dirá: —Pero ¿es que para eso hace falta una ley? ¡Claro que tenemos que amar a nuestros padres, no faltaría más! Es que tiene un corazón bueno. En cambio, si no tiene ese corazón de buen hijo, si es un hijo que odia a sus padres, que les desea mal, nos dirá: —¡Qué cruel es la Ley de Dios! ¡Que mande cosas tan difíciles, tan

contrarias a la naturaleza...! Y es porque tiene corazón malo. Otro tanto podríamos decir de la pureza. Uno que tiene corazón puro dirá: —¿Es que prohibir la fornicación? ¡Pero si eso es obvio! En cambio, el que tiene un corazón lleno de lujuria se quejará del Señor: —No se pueden cumplir los mandamientos. Porque, en el fondo, la ley es un suplemento a la falta de bondad del corazón.

Hasta que el corazón se hace bueno necesita ser conducido por la ley, que le pesa, pero es instrumento para que vaya formándose en él el corazón bueno del Nuevo Testamento. Cuando se haya formado este corazón bueno, del que brotan las virtudes, la ley no le pesará ya; no que haga entonces lo que la ley prohíbe, sino que como el corazón se ha hecho bueno, ya no siente el peso de la ley.

Podemos hablar también, en este sentido, de **un corazón que lleva a la imitación de las virtudes de Cristo**, pero no desde fuera sino desde dentro, **desde el corazón**.

El mundo de hoy no se remediará solo por las obras, si no cambian los corazones. Lo importante es el amor. De esta manera, **el cristianismo aparece como religión del corazón**, que es lo que se nos muestra en las Bienaventuranzas, que son la ley del Nuevo Testamento. Entendiendo bien que no se trata de dividir las Bienaventuranzas y, resulte uno bienaventurado por la mansedumbre y otro por la pureza del corazón. **Las Bienaventuranzas** nos

proponen una unidad del corazón: **son facetas diversas del corazón bueno del Nuevo Testamento.** Podríamos resumir todas las Bienaventuranzas en esta: **Bienaventurado el que tiene el corazón ilimitadamente bueno, porque es hijo de Dios, tiene el corazón de hijo de Dios.**

Este enfoque es muy importante en la visión cristiana. La gran ventaja de la visión del **Misterio del Corazón de Cristo** está precisamente en que centra el esfuerzo, no reduciéndolo solamente a la atención a los hechos materiales, sino nos enseña que toda nuestra vida tiene **que estar modelada y formada por un corazón bueno**, nos indica que para un corazón cristiano, no se trata solo del cumplimiento material, sino que **el gran esfuerzo de toda la formación cristiana ha de dirigirse a la formación del corazón cristiano.** Nos hace ver que en el centro de toda la vida y en el centro de toda la pastoral hay un corazón. Una pastoral 'descorazonada' resultaría una organización mecánica, no sería la verdadera pastoral, puesto que esta tiene que ser la manifestación del Buen Pastor, del Corazón del Buen Pastor. Y otro tanto diríamos de las virtudes, de la justicia, la cual sin corazón dejaría de ser justicia.

## 4.2.- LAS BIENAVENTURANZAS

*EJERCICIOS RELIGIOSAS 1979*  
*16ª meditación*

Yo creo sinceramente que las Bienaventuranzas no son más que el Corazón de Cristo presentado, no es más. «Bienaventurados los que tienen un corazón manso y humilde», eso es lo que es: «Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón». Dice: «Bienaventurado el que ha aprendido». Bienaventurado Jesús, que tiene el Corazón manso y humilde, y bienaventurado el corazón. ¿No os parece que hay una referencia entre bienaventurados, que va indicando «porque ellos poseerán la tierra, bienaventurados porque ellos serán llamados hijos de Dios», y lo que dice el Señor: «Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón y hallaréis paz para vuestras almas» y hallaréis bienaventuranza? Es reposo, serenidad, paz, bienaventuranza.

El Señor viene a recalcaros mucho esto: que **lo importante y fundamental es que nuestra vida sea vida de corazón**. Que no se trata simplemente de prácticas y saber... Pero hay que recalcarlo, que no se trata simplemente de prácticas, sino que hay que cuidar siempre que **esas prácticas vengan del corazón, expresen el corazón y se vivan con ese corazón**.



**La ley del Espíritu es el corazón bueno formado por el Espíritu Santo dentro de nosotros según el Corazón de Cristo.** Por eso creo que puede decirse que es de veras, el Sermón —aunque no parezca a primera vista—, el Sermón es «aprended de Mí que soy manso y humilde», «bienaventurado el que tiene esa mansedumbre y humildad de corazón», porque la mansedumbre y humildad es la bondad. No existe bondad sin mansedumbre y humildad. Cuando nosotros de una persona decimos: —¡Qué bueno es!, ¿qué queremos decir? Que si no es manso no lo decimos, si no es humilde no lo decimos. Lo que diremos es: —Es un hombre muy eficaz; pero no diremos: —¡Es bueno con esa bondad ilimitada! No es comprensible sin mansedumbre y humildad. Y ahí está: **«Aprended de Mí que soy bueno de corazón»**. Podía haber dicho exactamente lo mismo, estamos en los mismos términos. Nos revela la bondad infinita del Padre, de Dios que es así, que es mansedumbre y humildad infinita. ¿Veis? Esto es las Bienaventuranzas. Que haya en vosotros humildad y mansedumbre.

El buscar con insistencia, el invocar, el pedirlo: «Jesús, manso y humilde de Corazón, haz mi corazón semejante al tuyo», sabiendo que esa mansedumbre no es y no consiste en negativo, no consiste solo en que no me he enfadado. Puede ser que no me he enfadado pero no llamo a eso manso de corazón. **«Manso»** es una irradiación positiva, **es una participación de la mansedumbre de Cristo que irradia**. Suelen decir eso. La bondad es algo que se irradia, no es solo ausencia de maldad, sino es

una cosa positiva esa bondad de corazón. —¡Qué buena es esa persona!, solemos decir: —¡Mira que es buena esa persona! Hay un sacerdote de allí de Tortosa que estaba muriéndose y la ponderación que decíamos es: —¡Qué bueno era! Nada más que eso. ¡Da gusto! Y decir: —¡Qué pena, y que tenga estos años y que morirse...! ¡Esa condescendencia!, ¡y que todo lo ve bien! ¡Impresiona! Esos son los que llegan.

El Hermano Gárate, el portero de Deusto famoso. (No sé si tenéis la vida del Hermano Gárate). Yo recuerdo que mis padres... Ninguno de nosotros estuvimos en la Universidad de Deusto, pero un primo mío que ya murió, mayor que nosotros, su padre le mandó a estudiar a Deusto. Y estaba estudiando en la Universidad interno. Y un día mis padres fueron a visitarle y creo que es la única vez que vieron al Hermano Gárate. Pues ¡ya no se les olvidó! Le tomaron un cariño y se acordaban del Hermano Gárate siempre, y estuvieron ¡una vez! ¿Y qué es lo que les llamó la atención? Pues lo de todos: la bondad, lo atento que era, pero tan sobrenaturalmente atento. Le llamaban ‘el Hermano Finuras’. El mote que le habían puesto era ese, porque realmente... Era de un caserío, pero se deshacía. Y se acordaban de esto, nada más que de esto. Le preguntaron: —A ver, por este... ...No les dijo más que eso así. Pero se quedaron tan encantados, que para ellos ya no se les ha olvidado nunca. Y no es más que eso. Incluso ese interés de tranquilizarles y con esa intuición.

Y nunca se sentaba, nadie podía decir de haberle visto sentado en la portería. Era como ese

estar pronto. Y tan es así que cuando una vez se sentó, el chico que estaba con él subió al rector y le dijo: —Padre, debe estar muy mal porque se ha sentado. Nunca le había visto sentado, y cuando lo vio sentado fue asustado al rector a decirle que le había visto mal, y ya estaba acabado. Pero nunca sentado, siempre así.

Tan es así que cuando vino el Cardenal Boet de visitador y visitó la casa, lo que más le impresionó fue el Hermano de la portería. Con toda la agitación de los que venían a visitar... ¡y él siempre sereno! Eso es don de Dios indudablemente. Ahora, él tuvo que vencer sus prontos indudablemente, en un período, hasta que se le concedió ese don, que no se da así de repente gratuitamente sino hay que colaborar con la gracia y luchar. Pero le llamó tanto la atención a aquel Padre. Y le dijo: —¿Cómo hace usted para estar siempre sereno? Y le dijo: —Yo hago lo que puedo, lo demás lo hace Dios que lo puede todo. Ese era su lema: ¡Hago lo que puedo! Y llegaba a todo y estaba siempre así, imperturbable.

Eso es las Bienaventuranzas y eso irradia. Y es la bondad, mansedumbre y humildad de corazón, porque cuando nosotros perdemos eso, es porque nos han herido en esto, nos han pisado un callo, no le dejan hacer a uno... Siempre es porque mete cosas de interés suyo que no es simplemente el agrado de Dios. Entonces, como ve peligrar eso que uno mete, se le va: —Ya me han fastidiado, yo tenía el plan de haber hecho esto, no me dejan hacer esto, ¡ya está bien! Suele ser eso: —Tenía yo ya mi plan

hecho, mi proyecto, las cosas debían ir de esta manera. Y el demonio se sirve de eso y nos saca de quicio, porque en cuanto no vaya y se estropee algo planificado, ya pierde los estribos, ya se pone furioso y critica y dice: —Es que así no se puede trabajar, es que así... Lo que sea.

Eso es lo que vienen a ser las **Bienaventuranzas: es el corazón bueno, el corazón transformado en Cristo, la obra del Espíritu Santo.** Cuando llega ya a estar el corazón transformado, entonces **dicta como espontáneamente lo que agrada a Dios.**

Vamos a fijarnos un poco en esas Bienaventuranzas. Fijarnos un poco. ¿Qué significa «Bienaventurados los pobres de espíritu»? (No es que voy a hacer un análisis exegetico, vamos a fijarnos en eso). Tened presente, como decía, *1ª Corintios, 13*: «La caridad es paciente, es benigna. La caridad no es celosa, la caridad todo lo soporta, todo lo cree», todo eso está muy relacionado con las Bienaventuranzas. Si uno lee las Bienaventuranzas y lee eso, pues bienaventurado el que tiene esa caridad así. Y lo mismo la *carta a los Gálatas* cuando dice que «el fruto del Espíritu es la cordialidad, el gozo, la paz, la longanimidad, el corazón paciente, longánimo, la servicialidad —eso es fruto del Espíritu—, bondad, confianza en los otros, mansedumbre, dominio de sí mismo». Frutos del Espíritu cuando llega a esa transformación. Y cuando eso se hace de manera donal —es don del Espíritu casi como sin esfuerzo—, entonces da ese encanto, esa cosa superior que evidentemente no

está en nuestra mano, es don del Señor, pero que cuando nos invita a esa vida así, suele darlo también. ¡Él quiere darte su don!

Ahora bien, cuando Jesús dice: **«Bienaventurados los pobres de espíritu»**, esto tiene dos grados de aplicación: el uno como queriendo indicar que eso es condición favorable a la acogida del evangelio. Y así se suele decir: «La Iglesia de los pobres», etc. «Bienaventurados los pobres porque de ellos es el reino de los cielos», es decir, que ellos acogen el reino de los cielos porque son pobres. Es un primer nivel. Entonces «bienaventurados los pobres» significaría los desamparados que no tienen apoyo humano, los que invocan a Dios como su único apoyo, los verdaderos pobres. Estos pobres eran despreciados por los maestros de Israel porque eran generalmente campesinos, personas de poca cultura, personas dedicadas a trabajos inferiores. Y eran por eso despreciados y no se les hablaba del reino de Dios, porque son personas que no pueden captar esto.

No caigamos en la idea esa que a veces surge hoy, de que como son muy pobres no pueden recibir el evangelio hasta que salgan de la pobreza. Ese es el gran error de carácter diabólico. —Ah, ¿entonces usted no quiere que se promueva? —Pues claro, ¿no voy a querer? Pero lo que digo es que ese principio que usted dice: —¡Cómo van a creer si están en la pobreza!, es falso, porque es la condición más favorable para creer según el evangelio. Ahora, si no están en la pobreza porque usted les ha calentado la cabeza y no están en la pobreza, puede ser que

tengan dificultad porque ya no son pobres, porque son pobres de clase, son pobres que se apoyan en la pobreza para sus reivindicaciones, y eso ya no es el pobre evangélico. Pero de suyo estas personas que están en la ignorancia y están allí en un nivel cultural, son excelentes para acoger el evangelio. Y no tengo que esperar a la promoción cultural y todo eso, sino que puedo hacer simultáneamente: anunciarles el evangelio y ayudarles. Tampoco es que me cruce de brazos.

Pero hay otro tono de «Bienaventurados los pobres de espíritu» en el cual —según santo Tomás precisamente—, como estábamos indicando, el espíritu de las Bienaventuranzas es la coronación de la vida cristiana. Esto lo podríamos expresar con respecto a la invocación del Espíritu Santo como «**Padre de los pobres**». Cuando decimos «Ven Padre de los pobres», ¿qué queremos decir? Puede tener dos niveles: Primero, que Él es **acogedor de los que son pobres desamparados** y para con ellos se muestra como Padre que les acoge a los desamparados, a los pobres, pero también se puede entender Padre de los pobres en cuanto que es **Padre que engendra a los pobres**. Es el generador de pobres y realmente es así. Solo el Espíritu Santo forma en nosotros el corazón pobre. Él es el Padre de los pobres, Él es el engendrador de los pobres, de la pobreza de corazón.

En este segundo sentido es lo que podríamos entender en las Bienaventuranzas. Bienaventurados los que tienen ya formada por el Espíritu Santo esa pobreza de espíritu. Es lo que indicaríamos

repitiendo: Bienaventurado el que tiene un corazón pobre, un corazón manso, un corazón humilde. Y entonces diríamos: un corazón que se contenta con poco, un corazón que se apoya en el Señor, que tiene en Él su único tesoro, un corazón que acepta las humillaciones, que acepta gustosamente no ser estimado. Eso es pobre de espíritu. ¡Bienaventurado el corazón así!

En las Bienaventuranzas y en el Nuevo Testamento en general, el **«bienaventurado» significa participación anticipada de la Bienaventuranza del cielo.** Quiere decir pues, el Señor, que quien tiene eso participa anticipadamente del cielo, tiene ya en el corazón. Esto si lo tomáramos en serio sería una vida feliz para nosotros, pero hay que jugárselo todo.

Lo mismo, ¿qué significa la dulzura? Es la dulzura, mansedumbre, fruto del Espíritu Santo: **«Bienaventurados los que tienen un corazón manso»**, precisamente mansedumbre y humildad. Bienaventurados los que tienen un corazón manso porque serán justos con los otros, serán pacientes, recibirán la tierra en herencia. Se les admira, se les ve **como llenos de una fuerza superior por esa misma dulzura**, están como por encima, dominan, poseen el cielo. Es una designación de lo mismo porque se puede unir todo, con términos distintos, la misma realidad de la Bienaventuranza, pero en ese matiz.

«Dichosos los que lloran, los afligidos». **«Bienaventurados los que lloran, los afligidos, los que sufren»**, quiere decir los que tienen paciencia en el sufrimiento, los que tienen un **corazón afligido pero paciente**, «porque serán consolados», tendrán la consolación del Espíritu dentro de ellos mismos si lo llevan con paciencia.

El corazón bueno se encuentra siempre como aprendiendo, siempre. Es una postura de quien no se siente satisfecho, quien no se siente autosuficiente, está interiormente en las manos de Dios. Y por eso, «bienaventurado el que tiene hambre y sed de la justicia». Se siente muy poca cosa, se siente pobre, se siente con esa mansedumbre, dulzura y deseoso de más siempre, pero con mansedumbre y dulzura. Y por eso tiene hambre y sed de más justicia, de más amor, de más conocimiento del Señor, de todas estas realidades. Hambriento de la bondad de las almas, de la salvación de las almas. **Hambre de que Dios fuese conocido por todos**. El corazón bueno siempre tiene sed, siempre, siempre, en su bondad misma. Desearía más para todos y que nadie sufriera, pero es una sed que no es amarga, es sed de justicia y de santidad, de amor y de bondad. Está más al servicio de los demás por eso mismo.

«Bienaventurados los misericordiosos». **«Misericordioso»** quiere decir los que se conmueven por los demás, misericordiosos, que comprenden y se conmueven por las necesidades de los otros. El



misericordioso es **el que tiene ese corazón bueno para con los demás**, bueno para los otros. Cuando ve una miseria sufre, sufre, le llega. No hará injusticia a nadie porque es misericordioso, porque le daría pena, sufriría con eso. Tiene un perdón fácil porque es misericordioso, parece que no le llegan las injurias de los demás, que no le afectan. «Estos obtendrán misericordia», sentirán en sí mismos la misericordia constante de Dios. Él se la hará sentir y son dichosos en los brazos de Dios. Misericordia.

Lo mismo diríamos de **«los corazones puros, los limpios de corazón»**. Corazón puro es el corazón que procede con lealtad, limpio, transparente. Puro en todos los sentidos, **puro en el campo de la pureza carnal, puro también en la nitidez del corazón**, es limpio, no tiene esos recovecos, no. Tiene el corazón transparente, el corazón limpio. Siempre el mismo corazón.

No es que primero uno tiene una cosa y luego otra, no, no tiene divisiones. No es que unos son pobres, otros misericordiosos, otros puros, no. **Es el corazón del Nuevo Testamento que tiene todas esas irisaciones**: es pobre, es leal, es transparente, es bondadoso, es eso la bondad ilimitada del Corazón de Cristo.

«Bienaventurados los pacíficos»: **el corazón bueno siempre infunde paz y siempre construye paz**. En medio de la comunidad en que vive es comunicador de paz porque está lleno de paz y ve el bien de esa paz. No solamente esa pequeña paz

humana, sino la paz superior que está fundada en el cielo. Por eso la paz del mundo no llega nunca, la paz del mundo no llega nunca porque se funda en que los otros no turben mi paz.

La paz del mundo desgraciadamente se funda en que los otros respeten mis derechos, ésa es la paz, que coexistamos respetando los derechos. En una comunidad, por ejemplo, lo que pide es que los demás no le molesten, no entren en su campo, le dejen la mayor libertad posible y le ayuden en lo que puede querer. Eso es lo que uno quiere. Es a la manera de las Naciones Unidas, en que cada nación tiene sus derechos y hay una coexistencia pacífica, una convivencia, pero respetando, respetando esos derechos. Esa paz es la paz del mundo. Y no puede existir, porque en todo momento tiene que respetar, y dice: —No, ese no es su derecho. —Sí, es mi derecho. En cambio la paz de Cristo no es así, no es: —Déjeme en paz. Esa es la paz del mundo: —Déjeme en paz, no me quites los bienes, no me quites la propiedad. ¡Esta paz es imposible!

¿Cuál es la paz de Dios? **La paz de Dios**, la paz de los pacíficos, de los que producen y construyen la paz, **es la paz del corazón bueno que tiene la tendencia a ceder a otros, se apoya en la prontitud a servir a otros, a dar la vida por otros**, que es el polo opuesto. Estoy —diría yo— como celoso de la propiedad del otro respecto a las cosas que me tocan a mí, más bien del bien del otro que del mío. Y cuando hay alguna diferencia, le cedo. ¿Por qué? Y cedo por amor, porque estoy para ayudar al otro. No me opongo, no busco la paz en

ese sentido de que no me turben los demás, sino que doy a los otros lo que es de ellos, lo doy. Y tiendo a esto con generosidad y en caso de duda cedo. Esta es la vida de Cristo: «El mayor de vosotros sea servidor de los demás». Esto no es decir: —Como sé que soy el mayor me voy a poner a servir, como esto es lo que tiene que hacer el mayor y yo soy el mayor... No es eso, sino que «mayor en el reino de los cielos» es el mayor en servir porque es el que tiene más amor, en servir por amor. Por lo tanto, el mayor es el servidor de todos, el que más sirve a todos, ese es el mayor, no el que es servido por todos, no. En el reino de los cielos no va esa categoría, porque como 'la mayoría' es por la caridad, eso no sería la caridad. En las cosas de este mundo sí, porque como el ser mayor es tener más poder y tener más servidores y tener más dinero, pues entonces es el mayor. Pero en el reino de los cielos no penséis que el primero entre vosotros será aquel a quien todos tienen que servir, no, sino el primero es el que más sirve a todos, el que más se pone al servicio de los demás.

**«Bienaventurados los perseguidos por la justicia**, los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos». Comprenden que aunque sufran no es un castigo por las injusticias que han cometido, sino que sufren a pesar de todas las injusticias que se hacen contra ellos. Y **lo llevan con alegría**, con naturalidad: «Dichosos cuando os insulten, os persigan, os calumnien de todas maneras por causa

de mi nombre». Cuando Cristo está dentro y todo esto viene precisamente de la adhesión a Cristo, entonces hay una Bienaventuranza, bien. Es la Bienaventuranza en el Señor.

Y seremos bienaventurados entonces, no después. Lo importante de las Bienaventuranzas es, la paradoja de las Bienaventuranzas por la presencia y el don de la vida divina, es que «bienaventurados los pobres», no porque después serán ricos. Que a veces se puede plantear así: Bienaventurados... Porque en alguna ocasión también eso es verdad, pero no está ahí la raíz plena de las Bienaventuranzas. Porque entonces diríamos: — ¡Aguantar y luego vendrá la venganza! «Bienaventurados los que lloran, luego serán consolados», luego. Ahora: —En cambio, vosotros ricos que ahora disfrutáis, os vendrá luego lo otro. No es simplemente ese contraste, una especie así de 'Ley de talión', sino que lo sorprendente y real del Sermón de las Bienaventuranzas es que ¡bienaventurados sois!, ¡sois cuando sufrís! O sea que en la misma persecución tiene la Bienaventuranza, en la misma persecución; en las mismas lágrimas, afligido, está consolado. Es lo que repite mucho la Secuencia del Espíritu Santo cuando dice: «En el trabajo descanso». No después del trabajo descanso, sino «en la fatiga descanso, en el sacrificio consuelo, en el dolor bienaventurados».

Realmente esta doctrina es la gran doctrina que convulsiona todo y que en el fondo no la acabamos de vivir de verdad porque no ponemos esa bondad de corazón. Hacemos más bien esos cálculos

cuando se dice, por ejemplo: —Los pobres bienaventurados, porque ya les vendrá, ya; en cambio a los ricos ya les vendrá lo suyo. Mire, si eso fuese verdad, si el pobre es bienaventurado porque será rico, las Bienaventuranzas son... Y ya está porque este será así. Si este, porque va a tenerlo, es bienaventurado, este que ya lo tiene más bienaventurado, ya está. ¿Por qué le voy a decir a este que no es bienaventurado, si lo que anhela el otro es tener lo de este y es bienaventurado porque lo va a tener? No puede ser.

De modo que la Bienaventuranza está en este nivel: «El ciento por uno en esta vida», en esta vida, **el ciento por uno** en la compensación espiritual que el Señor sabe dar precisamente por esa fusión de amor, **por esa posesión de Dios que ya la tiene desde ahora**, que ya la posee.

Entonces sigue el Señor: **ese corazón nuevo del Nuevo Testamento lo que eleva es la calidad de nuestra vida**, la calidad. No es que nos hace hacer cosas raras, sino **pone corazón bueno en todo**. Entonces, consiguientemente era mucha razón lo que tenía, tomado de un autor francés, Le Jeune, que decía con mucha razón: «El cristiano se reconoce por la calidad de su presencia, el verdadero cristiano. Es abierto, profundamente optimista, es benévolo, se interesa más por el cuidado del prójimo que por su propia y pequeña persona, construye el mundo. En el orden de la virtud tanto como en el material, la granja del campesino cristiano es más ordenada y más fecunda». ¿Por qué? Porque pone

más corazón, no pone amargura. Y es más ordenada porque lo hace con alegría. Y es lógico y debe ser así. «Más ordenada y más fecunda. La clase del profesor cristiano es más alegre en sus estudios, por la calidad del corazón. La enfermedad del paciente cristiano es más confiada. El trabajo del obrero cristiano es más sereno». Se tiene que ver que tiene corazón cristiano. «El hogar de una madre cristiana es más acogedor —¡debe ser!—. Los niños de un hogar cristiano más radiantes. **El cristianismo** no es un simple vestido exterior o una capa protectora, **es un fuego que quema por dentro, que se irradia hacia fuera:** “¡Vosotros sois luz del mundo, vosotros sois sal de la tierra!”».

«Quema en el interior, irradia hacia fuera. Gracias a Él el cristiano simpatiza con todo prójimo y lo acepta tal como es —Cristo es quien vive en mí—. El grado de intensidad de este fuego puede variar hasta el infinito. Mauriac da una bella imagen de los que se dejan devorar plenamente por este fuego e irradian un calor bienaventurado. Tenéis a bien decir que se cae de su peso, que existen tabernáculos vivientes y que, a veces, en el transcurso de una conversación, sin necesidad de libros, nos sentimos obligados a adorar la presencia visible de Dios en el otro». Esto es.

«En el fondo, el cristiano de 1971 —cuando escribió esto— no debiera diferenciarse del cristiano del año 1000 y del cristiano de cualquier época. Confiado en sí mismo resulta impotente. Pero si se deja llevar por Cristo, devorar por su fuego interior, entonces el universo en él y por él se elevará un

grado. Imaginad por un momento la multiplicación por todo el mundo —en 1971—, de cristianos como Luis el Santo, Isabel de Hungría, Juan M<sup>a</sup> Vianney, Carlos de Foucauld, Juan Bosco, de cristianos animados por la fe ardiente de estos santos transponiendo su fe total en principios de acción entre nosotros».

Esto es el Sermón, esto es la Bienaventuranza. Y de ahí vienen todas las otras consecuencias del Sermón de la montaña: la atención a este corazón interior, a esta calidad interior que es esa bondad con la característica propia del Nuevo Testamento. **Es ese corazón ofrecido a Dios, irradiando esa bondad, deseoso de hacer el bien con ese deseo redentor hacia todos.** Vivir así, con ese espíritu.

## **5.- Santo del Mes**

---

25 de enero:

### **LA CONVERSIÓN DE SAN PABLO**

El día 25 de enero se celebra la conversión de san Pablo. Es el momento crucial del gran apóstol de los gentiles que se encuentra con Cristo resucitado vivo. El P. Mendizábal, en muchas ocasiones, comentó este precioso texto. Y al estilo de los grandes santos como san Juan de Ávila se identificó con san Pablo. «¡Ay de mí si no evangelizo!», diría el incansable apóstol del Corazón de Cristo. Y también: «A mí, el más insignificante de los santos se me ha concedido la gracia de anunciar el misterio insondable de Cristo».

San Pablo, escribiendo a los Efesios en el capítulo 4, les dice así: «Os exhorto yo, vinctus in Domino, encadenado en el Señor, prisionero en el Señor, a que viváis dignamente -de una manera digna- la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor». San Pablo está en la cárcel. Y él prisionero, preso del Señor, en



el Señor, preso, prisionero, atado en el Señor, les exhorta a los de Éfeso a caminar. Él que está atado les exhorta a caminar, porque **Pablo estando atado está caminando**. Pablo, el atado del Señor, está caminando según la vocación a la que ha sido llamado, dignamente; y les exhorta —y os exhorta también a vosotros— a caminar de manera digna del llamamiento con que habéis sido llamados. En el caso de Pablo, él está caminando dignamente en la vocación a la que el Señor le ha llamado, que le mostró lo que tenía que padecer por Él: «Le mostraré cuánto debe padecer por mi Nombre». Y podemos decir que **cuanto más atado mejor camina**. ¿Por qué? Porque el caminar no es lo que llamamos nosotros caminar sino es vivir, **vivir el camino interior**. Su atadura no es la de un prisionero cualquiera sino que está atado, prisionero en el Señor. Y es parte de su camino el soportar las cadenas por amor al Señor.

Su camino, por el que él había llegado a esas ataduras y por ellas seguiría todavía su camino adelante, era **la entrega plena a la predicación del evangelio sin ahorrarse**. Se le había encomendado ese evangelio, se entregó a él sin ahorrarse; y esa entrega plena era resultado, por una parte, de un encadenamiento progresivo de su ser por el Espíritu Santo.

(Ejercicios religiosos 2000, 1ª meditación)

San Pablo era prácticamente contemporáneo de Jesús. Cuando Jesús enseñaba, este joven estaba en Jerusalén, en la escuela del Templo, en la escuela de Gamaliel, haciéndose fuerte en el conocimiento de la Torá, de la ley y los profetas, donde se formaban aquellos que habían de ser como puntos de apoyo del pueblo de Dios allí en Palestina y fuera, en la diáspora.

Tiene lugar su conversión. Jesucristo resucitado vivo irrumpió en su vida. Es un hecho realmente central para él. Hasta este momento, Saulo tenía un tesoro, eso que podemos llamar nosotros 'un tesoro'. El tesoro que tenía era el conocimiento de la Torá, de los profetas.

Llega el momento de esa iluminación en el camino de Damasco. Jesús se le presenta luminoso, resucitado, vivo, y le llama por su nombre: —«Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Él le pregunta: — ¿Qué quieres, Señor? ¿Quién eres, Señor? Y la voz le dice: —Soy Jesús, a quien tú persigues». Entonces: —«¿Qué quieres que haga? —Vete a Damasco, allí te dirán lo que tienes que hacer». Esto es muy luminoso para nosotros. Jesús se encuentra con Saulo y Saulo se encuentra con Jesús. Es encuentro verdadero, real.

Y él, ¡aquella fiera, aquel león!, se convierte en un manso cordero, que entra ciego, teniendo que ser conducido por otro, a una casa donde se le acoge.

Esa conversión de Saulo, que es como un paradigma de la conversión a la fe, es la que Jesús llama, la que San Pablo llama ese momento en el que «todo lo que yo consideraba riqueza —¡tesoro para mí!—, lo consideraré como basura, al lado de alcanzar a Cristo, de encontrarme en Cristo». Es la nueva visión, es la que le transforma a él.

El Papa (Benedicto XVI), en la Audiencia en que hablaba de la conversión de Saulo, dice al final qué podemos sacar nosotros de esto. Y dice unas palabras pues impresionantes, sí, porque las pone tan escuetamente, y dice eso: «También Cristo nos puede tocar en el corazón, y también nosotros podemos tocar el Corazón de Cristo». Es una frase muy hermosa para indicar este encuentro, y esto me parece que sí que es verdad, que es verdad.

*(Homilía, 24 de enero de 2009)*



**LUIS MARÍA MENDIZÁBAL OSTOLAZA, S.J.**

*Oración para la devoción privada*

Dios Padre misericordioso, que quisiste revelarnos la profundidad de tu amor en el Corazón de tu Hijo: el mismo Corazón que modelaste en las entrañas de la Virgen María por medio del Espíritu Santo, que fue traspasado en la cruz y que ahora permanece vivo y palpitante en la Eucaristía.

Tú concediste al P. Luis M. Mendizábal, jesuita, un conocimiento ardiente y una vivencia profunda del misterio del Corazón de Cristo, e hiciste de él un infatigable apóstol, padre y maestro espiritual.

Concédeme, por su intercesión, buscar en todo tu mayor agrado, ser siempre bueno con todos, colaborar con tu Hijo Jesucristo en la redención del mundo y, si es tu voluntad, el favor que te pido (pídase).

(Padrenuestro, Avemaría, Gloria)

De conformidad con los decretos del papa Urbano VIII, declaramos que en nada se pretende prevenir el juicio de la Autoridad eclesiástica, y que esta oración no tiene finalidad alguna de culto público.

## **BREVE BIOGRAFÍA**

El padre Luis María Mendizábal Ostolaza S.J. nació en Vergara (Guipúzcoa) el 4 de junio de 1925. Ingresó en la Compañía de Jesús en Loyola el 28 de agosto de 1940, fue ordenado sacerdote en Innsbruck (Austria) el 25 de julio de 1952, e hizo los últimos votos el 15 de agosto de 1958.

Formado en las Facultades de Teología de Sant Cugat (Barcelona), Innsbruck (Austria) y Gregoriana (Roma), con apenas 31 años fue destinado como profesor de Teología Espiritual a la Universidad Gregoriana de Roma (1956-1970). En esta época trabajó relación con algunos teólogos y padres conciliares, y se extendió pronto su fama como magnífico confesor y consejero espiritual.

Posteriormente, compaginó su actividad docente en Roma con nuevas tareas en España: fue instructor de jesuitas de Tercera Probación en Gandía (1966-1969), y dedicó muchos años al Apostolado de la Oración (1969-1994) del que fue Director Nacional, al tiempo que dirigió la revista Reino de Cristo. Colaboró en la formación espiritual de los candidatos al sacerdocio en el Seminario Diocesano de Toledo. Fue confesor en la iglesia de los jesuitas en Toledo (1994-2011), y los últimos años los vivió como colaborador en la enfermería de la residencia de jesuitas de Alcalá de Henares (Madrid), donde siguió atendiendo hasta el final de

su vida a cuantos se acercaban para buscar su consejo espiritual.

Director de cientos de tandas de ejercicios espirituales e incansable apóstol del Corazón de Cristo, falleció en Alcalá de Henares el 18 de enero de 2018 a los 92 años de edad, dejando una huella imborrable en los que le trataron por su fervor espiritual, alegría profunda, misericordia entrañable y celo apostólico.

Se ruega comunicar los favores recibidos por su intercesión a:

- Causa Padre Mendizábal (calle Alfonso XII, 1. 45002 - Toledo).
- [favores@padremendizabal.com](mailto:favores@padremendizabal.com)
- Más información: [www.padremendizabal.com](http://www.padremendizabal.com)

*Con licencia eclesiástica*